

A pesar de su aislamiento y de su naturaleza en elevada proporción semidesértica, la península de California ha sido escenario de formas de vida y de acontecimientos en ocasiones paradójicos pero a la vez de un interés excepcional. La adaptación a un medio hostil por parte de sus antiguas poblaciones indígenas con muy precario desarrollo cultural, los fallidos intentos de colonización durante los siglos XVI y XVII, el establecimiento de las misiones y los procesos de cambio que entonces se introdujeron, la impresionante disminución de sus habitantes, los momentos en que la península estuvo a punto de perderse para México y, por fin, el esfuerzo que ha supuesto su paulatina incorporación al resto del país y su transformación contemporánea, son los grandes capítulos de la poco conocida historia de la California que, para siempre, continúa siendo mexicana.

Hemos de reconocer, sin embargo, que para la mayoría de los mexicanos, durante buena parte de nuestro periodo independiente, esta península ha estado algo más que olvidada. Y esto a pesar de que el sólo hecho de su dilatada realidad geográfica —cerca de 150 000 kilómetros cuadrados—, debió de haber sido motivo más que suficiente para que se concentrara en ella, de algún modo, el interés nacional. La Baja California se extiende de sur a norte por más de 1 200 kilómetros. Sus costas, con multitud de bahías y con numerosas islas cercanas, tienen más puertas y ventanas al mar que países como España o Francia. Sus litorales en el Pacífico y en el mar de Cortés suman 3 000 kilómetros, con posibilidades para la pesca en la más grande escala imaginable. Pero, a la vez, el interior de la península ha gozado de la triste fama de ser tierra pobre en extremo, donde sólo por milagro se encuentra el agua y, por consiguiente, son sumamente difíciles la agricultura y el aprovechamiento de los otros recursos naturales.

Mas, en tanto que en México era escasa la atención concedida a la península por los gobiernos, instituciones y personas que debían de interesarse en ella, muy distinta fue en este punto la actitud prevalente en los Estados Unidos. Buena prueba de esto nos la dan, no sólo el empeño de ese país por adueñarse de la Baja California en 1847 y después la serie de grupos de filibusteros que, procedentes del norte, proclamaron allí pretendidas repúblicas, sino también el cúmulo impresionante de trabajos de investigación realizados en su territorio por parte de individuos e instituciones asimismo de Norteamérica. Precisamente la más copiosa obra de recopilación bibliográfica sobre la Baja California ha sido publicada en los Estados Unidos.¹ Su autora, Ellen Catherine Barret, pudo reunir cerca de cinco mil títulos referentes a la historia y la geografía, la geología, la paleontología, la arqueología, la meteorología, la flora y la fauna, la agricultura y la ganadería, los recursos del mar, la mineralogía, la industria, la economía y el comercio, las cuestiones internacionales, asuntos políticos y de gobierno y, en una palabra, toda suerte de publicaciones sobre el pasado y el

presente de la península. Y es necesario reconocer que, del gran cúmulo de obras que allí se registran, un porcentaje muy elevado se deben a investigadores y estudiosos asimismo norteamericanos.

Los hechos hasta aquí recordados son sólo un comienzo de la larga relación que puede hacerse de las paradojas de Baja California. Pero antes de volver la mirada a otros aspectos particularmente significativos de su historia, creemos necesario añadir algo que apunta ya a los cambios que en ella han comenzado a ocurrir. Transformar la península fue siempre casi sinónimo de poblarla. En este sentido es de primera importancia mencionar siquiera cuál ha sido su evolución demográfica. Cuando a fines del siglo XVII entraron allí los jesuitas, la población nativa —según inferencias y cálculos dignos de crédito— era de aproximadamente 50 000 individuos. La implantación de la nueva cultura y también las frecuentes epidemias explican al parecer un hecho que se antoja pavoroso: durante el último tercio del siglo XVIII la población total de la península disminuyó a sólo cerca de 8 000 personas. Durante la mayor parte del siglo siguiente poco fue lo que pudo incrementarse tal cifra. Sabemos, por el contrario, que cuando la Baja California fue ocupada por los norteamericanos en 1847, su población, lejos de haber aumentado, era de apenas unos 7 500 habitantes. Dado que los indígenas casi se habían extinguido, la gran mayoría de los pobladores estaba formada por inmigrantes procedentes de México y de otros países extranjeros. Sólo al concluir el siglo XIX pudo constatar un incipiente aumento: había ya aproximadamente 40 000 habitantes. En 1930, su población llegó a 95 000. El censo de 1940 registró para toda la península cerca de 130 000. En 1950, el antiguo territorio tenido por inhabitable, comenzó a beneficiarse ya con un fuerte incremento demográfico, sobre todo en su porción vecina a los Estados Unidos, y gracias también al despertar agrícola, por obra de la irrigación, en el valle de Mexicali. Así, de acuerdo con el censo de 1950, en el Territorio norte había 227 000 personas y en el sur poco más de 60 000. Diez años más tarde, el cómputo fue de 602 000 habitantes para toda la península. De esta cifra obviamente la mayor parte correspondió a los centros urbanos, fundamentalmente Mexicali, Tijuana, Ensenada y Tecate, y en el sur, al puerto de La Paz. Los datos obtenidos en 1970 mostraron que el Estado federal de Baja California había sobrepasado los 900 000 habitantes, en tanto que el Territorio Sur tenía aproximadamente 135 000. Un desarrollo demográfico de esta magnitud no ha llegado a producirse ciertamente ni en la misma capital de México. Hemos de insistir, sin embargo, en que la presencia de este millón de habitantes, procedentes en buena parte de otras regiones del país, se explica sobre todo por la atracción de los grandes centros urbanos situados a lo largo de la frontera con los Estados Unidos.

Paralelamente con el aumento de población, el aislamiento de la península comenzó a disminuir. No hace aún muchos años se





requerían varios días, y en ocasiones semanas, para viajar en alguna mala embarcación desde un puerto del pacífico (Acapulco, Mazatlán o Guaymas), con rumbo a La Paz. Gracias sobre todo al empeño puesto por el Presidente Lázaro Cárdenas, ocurrieron los primeros cambios. En 1936 comenzó a tenderse la vía del ferrocarril Sonora-Baja California que debía vencer al desierto de Altar. En 1947 entró en Mexicali, procedente de Sonora, el primer convoy de la nueva línea. Los anhelos del célebre Eusebio Francisco Kino de comunicar permanentemente por tierra a la península con el noroeste mexicano, se convirtieron entonces, después de tantos años, en cumplida realidad. Poco después quedó concluida asimismo la carretera federal que, desde Tijuana, une al Estado de Baja California con el resto del país. A las líneas aéreas y a los modernos transbordadores que cruzan el golfo de California, y que hacen posible la comunicación directa con distintos lugares de la península, se debe, por otra parte y en definitiva, la desaparición del antiguo aislamiento. Finalmente, la ya muy avanzada construcción de la carretera transpeninsular ha comenzado a dar una auténtica vinculación interior a los principales centros del Estado y del Territorio bajacalifornianos.

Para los habitantes de esta vasta porción de México los grandes cambios ocurridos en las últimas décadas parecen marcar el

principio de una transformación por largo tiempo anhelada y a la vez tenida antes como casi rayana en lo imposible. Y precisamente para valorar mejor lo que ha llegado a ser la Baja California y atisbar un poco en sus posibilidades futuras, nada quizás ayude más que un acercamiento a su historia, tan llena de sorpresas y tan poco conocida. Aquí recordaremos algunos de los momentos más importantes de ese pasado en el que son varias las paradojas que cabe percibir.

Las antiguas poblaciones indígenas

Aun cuando durante los últimos decenios se han realizado en la península algunos trabajos arqueológicos, no es posible determinar todavía la antigüedad de sus primeros pobladores ni describir con detalle la secuencia de su evolución cultural. Lo que sí puede afirmarse es que la población indígena bajacaliforniana, desde el momento de los primeros contactos con gentes procedentes de la Nueva España en el siglo XVI, y asimismo al comenzar a establecerse las misiones en el XVIII, tipificaba formas de vida y de cultura extremadamente primitivas. Sin excluir la posibilidad de que esos habitantes indígenas hubieran tenido su origen en antiguas migraciones procedentes del Pacífico, es verosímil que en

su gran mayoría, hayan llegado del norte del mismo continente americano. Su entrada, en oleadas sucesivas, tuvo como consecuencia un hecho digno de notarse. Los varios grupos que penetraron en ella fueron quedando atrapados en una especie de bolsa, o sea en la península, de la cual no les fue ya posible salir, tanto por la hostilidad del medio como por la presión que los grupos del norte ejercían sobre los establecidos en el sur. Consecuencia de esto fue la que se ha descrito como una “estratificación cultural”, de sur a norte, entre los distintos grupos californianos.

Al hacer su entrada los jesuitas, vivían en la porción meridional los pericúes. Más al norte habitaban los guaicurús, divididos en múltiples parcialidades y rancherías. En regiones más septentrionales, a partir de lo que llegó a ser la fundación de Loreto, se encontraban los cochimíes, emparentados éstos con grupos yumanos, algunos de ellos pobladores del sur de la Alta California. Pericúes, guaicurús y cochimíes, desconocían la agricultura y el arte de producir cerámica. Viviendo casi completamente desnudos, sin habitaciones propiamente dichas, subsistían gracias a la cacería y a la recolección de frutos, y en el caso de los que moraban en las cercanías de los litorales, aprovechando lo que podían obtener por medio de la pesca. Sólo en el extremo norte de la península, como lo percibieron los misioneros, la cultura indígena presentaba otras formas de desarrollo.

Los nativos bajacalifornianos, que en el siglo XVIII fueron objeto de la acción de los jesuitas, habrían de extinguirse bien

pronto, como consecuencia de repetidas epidemias y probablemente también de los radicales cambios impuestos a sus maneras tradicionales de vida y de adaptación al medio. Mas esos grupos que así desaparecieron, dejaron, a pesar de lo primitivo de su cultura, testimonios de profundo significado. Su “estratificación cultural” constituye, por ejemplo, tema de máximo interés para quien se ocupe en estudiar distintos procesos de evolución y posibilidades de desarrollo aun en ambientes extremadamente hostiles. Especial mención hay que hacer de sus pinturas rupestres, visibles hasta ahora en varios lugares de la península. De las muchas que podrían citarse, recordaremos las de la célebre gruta de San Borjita, cerca del rancho de San Baltazar, próximo a Mulegé, en donde aparecen escenas de individuos, algunos atravesados por flechas, otros en actitud de practicar la cacería, y asimismo representaciones seminaturalistas de animales.² Otras pinturas hay en las rocas sobre el arroyo de San Pedro y también la que se conoce como Roca de Palmito, en la sierra de San Francisco. La monumentalidad de algunas de estas imágenes policromas habla ciertamente de lo que fueron la vida y las creencias de esos nativos, que con tan hábil mano lograron perpetuar sus diseños en la superficie de la piedra. Así, no obstante la desaparición del aborigen bajacaliforniano, persiste la huella de su presencia en la península. El fue el primero en demostrar, adaptándose al medio hostil, que eran posibles la vida y la creación cultural en el aislamiento de ese vasto territorio.





Tierra inconquistable

La historia de la península durante una centuria y media, a partir del siglo XVI, es el relato de repetidos fracasos en los varios intentos de penetrar y establecerse en ella. Y la explicación de por qué se frustraron uno tras otro numerosos proyectos, no es la natural resistencia que podían oponer los grupos indígenas. El verdadero obstáculo fue el medio ambiente que, al decir de los diversos exploradores y navegantes, presentaba una hostilidad que parecía insuperable a cualquier intento de fundar poblados e iniciar, sin agua, el cultivo de la tierra. Pero algo debía tener California puesto que, a pesar de todo, continuaba ejerciendo inmenso atractivo, por no decir fascinación.

El primero que de verdad se interesó en ella fue, como es sabido, quien había alcanzado a vencer al poderoso Estado azteca, Hernán Cortés. Rasgo inequívoco de su espíritu renacentista, siempre deseoso de acometer nuevas empresas, nos lo ofrece su reiterado empeño, casi obsesión, de organizar expediciones en el ámbito del Pacífico o como entonces se decía en el Mar del Sur. Así lo manifestó el Emperador en varias de sus cartas. Su ambición era establecer contacto desde la Nueva España con las islas de la especiería y con los pueblos del Oriente. Esto mismo habría de llevarlo a intentar la conquista de esa gran isla o península mucho más cercana, de la que tenía vagas noticias que hablaban de un país rico en oro y perlas de gran valor. Cortés organizó y asumió los gastos de varias expediciones. La primera, a las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza en 1532, y la segunda poco después, a las de Diego Becerra, fueron el principio de su serie de fracasos. En 1535 el mismo Cortés marchó personalmente y llegó a la que bautizó como Tierra de Santa Cruz. Pero ni este intento, al que consagró tiempo y recursos abundantes, ni otro más que después promovió, tuvieron consecuencias positivas.

Digno de estudio es el tema de la extraordinaria actividad desplegada por el conquistador en las que cabe llamar sus fallidas empresas del Mar del Sur. A paradoja suena que el conquistador de México nada lograra, en cambio, en California. Pero así como Cortés hubo de dolerse de ello, otro tanto sucedió al virrey Mendoza que, hacia 1540, ordenó la salida de la expedición de Francisco de Alarcón que llegaría sin mayores consecuencias hasta el norte del golfo o mar interior de California. No daremos aquí la lista, bastante larga por cierto, de las posteriores empresas, igualmente vanos proyectos de colonización hasta fines del siglo XVII. En este contexto están ligados a la historia californiana, entre otros, los nombres de Juan Rodríguez Cabrillo, Sebastián Vizcaíno, Francisco de Ortega, Porter y Casanate y, mucho más tarde, el de Isidro de Atondo.³ Paradoja era también que las lejanas Filipinas estuvieran ya colonizadas, en tanto que la mucho más cercana California, a pesar de sus tan ponderadas perlas, continuara

siendo tierra inconquistable. Su misma realidad geográfica no dejaba de ser un misterio, tenida unas veces por inmensa isla, en cuyo extremo norte debía de hallarse el paso al famoso estrecho de Anián, y otras, por península, unida con la tierra firme, hacia la latitud en que desembocaba el gran río del Colorado.

Atrayente como es la historia de los rumores que por entonces circulaban acerca de California, digno de estudio es hurgar en las posibles explicaciones de la cadena de fracasos de tantos hombres empeñados en su colonización. A otros quedaba ésta reservada. A fines del siglo XVII, gracias a especiales acuerdos con la Corona, un nuevo proyecto iba a iniciarse.

La presencia de los jesuitas

Cosa poco previsible fue que esta tierra, al parecer inconquistable, se abriera al fin a quienes penetraron en ella desprovistos de armas. En manifiesto contraste con la entrada de las huestes de los conquistadores en la mayor parte de la Nueva España y en general en el Nuevo Mundo, la colonización de California ofrece ejemplo digno de ser ponderado. En ella, el asentamiento definitivo se debió básicamente a la labor misionera de los jesuitas.

En archivos de México y España, sobre todo en el General de la Nación y en el de Indias de Sevilla, se conservan multitud de documentos, cartas, diarios, relaciones y reales cédulas, a través de las cuales es posible valorar lo que fue esta empresa. Hay, además, publicadas numerosas obras sobre este tema y en particular deben recordarse las tres más antiguas visiones de conjunto escritas durante el mismo siglo XVIII. En los trabajos de los jesuitas Miguel Venegas, Jacobo Baegert y Francisco Javier Clavijero, tenemos una introducción a la brillante historia de ésta que casi nos atrevemos a llamar inusitada realización épica en la edad moderna.

El establecimiento definitivo en la península hostil y al parecer inhabitable se debió principalmente a los esfuerzos de dos hombres nada comunes, Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra. El primero había acompañado al almirante Atondo en el último de los fracasados intentos por asentarse en California durante los años de 1683 a 1685. Tras convivir entonces por algún tiempo con los indígenas del villorrio de San Bruno, el padre Kino concibió posibilidades más realistas de una mejor penetración con método y criterios bien distintos. Salvatierra habría de alcanzar la autorización real y la obtención de los primeros recursos con que habría de constituirse el célebre "Fondo piadoso de las Californias".

Poco después, a fines de 1697, la empresa tenía difícil, pero feliz iniciación. La primera de las misiones jesuíticas de California se fundó en el puerto de Loreto, dentro de lo que hoy es el Territorio Sur.

Propósitos definidos presidieron siempre a la labor misionera. Se

buscaba la transformación integral de los indígenas que hasta entonces sólo habían conocido formas precarias de cultura. Las autoridades virreinales habían obligado a los misioneros a hacerse acompañar por quienes debían representar el poder armado de la Corona. En consecuencia, desde un principio estuvo con ellos la paradójica fuerza de seis soldados, número que, no obstante ulteriores presiones, jamás excedió al de unos sesenta hombres. Ciertamente es que, en el sostenido esfuerzo de fundar pueblos, buscar lugares adecuados para la agricultura, al igual que en las labores de cristianización, surgieron no pocas dificultades y aun abiertas rebeliones por parte de algunos indígenas. Hubo también abusos perpetrados por algunos soldados y por los buscadores de las codiciadas perlas. Pero por encima de éstos y otros contratiempos, resultado positivo fueron las fundaciones de dieciocho cabeceras de misión, reducidas después a catorce, con otras varias comunidades más pequeñas.

Grandes fueron las dificultades que hubo que vencer. De todos los problemas el más serio era el del agua. Y cuando al fin se encontraba ésta, frecuente era hallar que las tierras cercanas eran inútiles para la agricultura. A todo ello se sumaban largos periodos de sequía, plagas como la de la langosta o las más temibles epidemias que diezaban a la población nativa. Al lado de esto subsistió siempre, como suprema dificultad, la natural resistencia del indígena que veía con disgusto los cambios radicales que se le iban imponiendo. El verse concentrado en pueblos significó para él la pérdida de su antigua libertad. La doctrina que se le predicaba debió serle casi siempre incomprensible. Los nuevos preceptos morales y la obligación de llevar una vida metódica, e incluso regulada con frecuencia a toque de campana, inevitablemente desquiciaron lo que era su antigua existencia. Para remate, enfermedades que antes le eran desconocidas fueron para él causa de mortales epidemias. Trágico fue en verdad el proceso paulatino de la desaparición del indio en California. Por todo esto, lo que desde otro punto de vista se ha descrito como conquista espiritual y sin armas, debe también valorarse en función de sus últimos y penosos resultados. Es éste un caso más del ya viejo debate en torno a todos los pretendidos intentos de transformar la existencia de grupos tenidos por primitivos.

La península en riesgo de perderse para México.

La expulsión, en 1767, de los jesuitas que habían creado en la península los primeros centros de población estable, marcó nueva decadencia que habría de acentuarse aún más. Otros misioneros llegaron a hacerse cargo de la obra jesuítica. Pero los franciscanos, que fueron los primeros, muy pronto salieron de la península para trabajar en las regiones de la Alta California. En sustitución vinieron después los dominicos que, si fundaron nuevos estableci-

mientos, no alcanzaron a continuar con el antiguo brío la ya iniciada obra de colonización.

El hecho es que, al tiempo de la independencia de México, Baja California se encontraba en plena decadencia y abandono. Según los cálculos demográficos de Humboldt, sus habitantes apenas llegaban, a principios del XIX, a la reducidísima cifra de unos ocho mil individuos. La población indígena, más que diezmada por las frecuentes epidemias, estaba ya muy cerca de su desaparición total. Desde el punto de vista político, y ya en los años del México independiente, la península formó entonces parte del Territorio de las Californias con un gobernador que residía en la Alta y una especie de delegado en Loreto.

Unas cuantas décadas más tarde se presentaría el momento, bien grave por cierto, en el que, por primera vez, la olvidada península estuvo a punto de perderse. La invasión norteamericana trajo consigo en 1847 la ocupación de los principales puertos bajacalifornianos. No obstante la resistencia que opusieron sus escasos habitantes, cayeron en poder del enemigo lugares como Ensenada, La Paz, San José del Cabo y otros. Al concluir la guerra, se daba por un hecho que ese territorio al igual que la Alta California, Nuevo México y Texas, serían incorporadas definitivamente a la Unión Norteamericana. Pero la tenacidad de los plenipotenciarios mexicanos obtuvo al menos esta victoria: Baja California continuaría como parte integrante de México.

Nuevo momento de peligro fue la incursión filibustera de William Walker, en 1853. El aventurero, que más tarde sería azote de Centroamérica, pretendió entonces crear la "República de Baja California y Sonora". Una vez más la decisión de los bajacalifornianos y una serie de descalabros frustraron los planes y la península se salvó de nuevo. Otras incursiones podrían recordarse y también las proposiciones por parte de los Estados Unidos, inclinados a adquirir de México este aislado y casi deshabitado territorio. Conviene también mencionar que, durante el largo gobierno de Porfirio Díaz, enormes porciones de la Baja California fueron dadas en concesión a varias compañías, casi todas extranjeras, en apariencia interesadas en su colonización. Un último punto, hasta la fecha objeto de controversias, y sobre el que mucho se dijo al tiempo de la Revolución, es el referente a la proclamación, hacia 1911, de una supuesta república socialista en Baja California. Hecho innegable es que durante el siglo XIX la península estuvo en más de una ocasión a punto de perderse. Pero también es verdad que, en muy buena parte gracias a la actitud decidida de sus escasos pobladores, ese territorio se salvó a la postre para México.

Presente y futuro de la Baja California

En esta rápida y casi impresionista visión de lo que ha sido el





pasado peninsular, hemos procurado señalar algunos de los momentos de mayor significación e interés. Tierra de paradojas es ésta, de tan difícil penetración y a la vez tan reiteradamente codiciada. El fabuloso país de las perlas, California, comenzó por ser rescatada por lo que a su nombre se refiere, de la geografía imaginaria de los libros de caballerías. Como es sabido, en la célebre obra de Garci-Ordóñez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, se hablaba ya de una isla, "situada a la diestra mano de las Indias... llamada California". Pero si el rescate del nombre, para aplicárselo a esa tierra a que se asomó Hernán Cortés en el siglo XVI, fue ya temprano postulado de su atracción permanente, muy difícil fue en cambio el acercamiento físico y cultural de esa vasta provincia a la realidad integral de lo que llegó a ser México.

Como al principio lo apuntamos, data únicamente de las últimas décadas el comienzo de la transformación de la península. Ya hablamos de su desarrollo demográfico y de las diversas formas de comunicación que permanentemente la ligan con el macizo continental. Mas todo ello, por impresionante que sea, dista mucho de lo que debe llegar a ser, para bien de sus propios habitantes y de todo el país, la California mexicana. Desde luego, y antes que nada, urge llevar a cabo investigaciones para poder valorar adecuadamente cuáles son sus recursos naturales. Por lo que hasta ahora se sabe, cabe suponer que mucho es lo que allí puede aprovecharse. Ya Francisco Xavier Clavijero, al escribir su *Historia de la antigua California*, se fijó con un sentido de modernidad, en las potenciali-

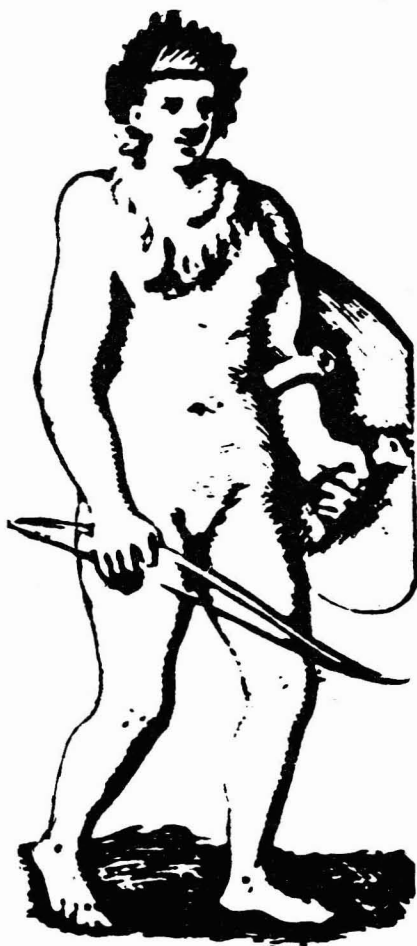
dades de la península.⁴ Y no poco es lo que desde entonces ha logrado alcanzarse en este punto, aun cuando haya sido en virtud de trabajos de estudiosos extranjeros. La breve enumeración que en seguida haremos, de realizaciones y posibilidades, no siendo ni remotamente exhaustiva, es sólo un corolario, postrer paradoja de lo que cabe esperar de la península tanto tiempo considerada como hostil a cualquier forma de desarrollo y de creación cultural.

Hablar de agricultura tecnificada en Baja California significaba hasta hace poco hacer referencia única al Valle de Mexicali, irrigado con aguas del río Colorado. La producción de esa zona, sobre todo de algodón, ha significado importante fuente de trabajo y de ingresos. Sin embargo, aun allí mismo se han presentado problemas causados por las aguas que se aprovechan, las del Colorado, que durante los últimos años —no obstante el tratado con los Estados Unidos—, han estado llegando contaminadas. La pregunta que se impone es cómo resolver sin ulterior demora esta cuestión en términos del derecho internacional o de la moderna técnica. En lo que toca al Territorio sur, puede mencionarse la zona agrícola del Valle de Santo Domingo en la que, con aguas extraídas del subsuelo, se irrigan 40 000 hectáreas. Cerca de ese valle, el acondicionamiento del puerto de San Carlos ha tenido también gran importancia, ya que a través de él se da salida a los productos de la región. En otros lugares del territorio, como en el caso de la zona de Vizcaíno, podrán eventualmente abrirse también mayores áreas de cultivo, siempre que las investigaciones

muestren que hay posibilidad de irrigación, bien sea por medio de pozos o con agua desalinizada del mar que logre obtenerse en un futuro próximo y a un costo razonable.

En lo que toca a los recursos minerales y del subsuelo, poco es relativamente lo que hasta ahora se ha llevado a cabo en su aprovechamiento. Cabe recordar que desde los días de las misiones jesuíticas, un antiguo soldado del presidio de Loreto, Manuel Ocio, obtuvo la concesión requerida para explotar algunos yacimientos de metales preciosos en la porción sur de la península. Surgieron así los reales de minas de Santa Ana y de San Antonio, de los que mucho se esperó y relativamente poco se obtuvo. En un lugar cercano al real de San Antonio, surgió más tarde el Mineral del Triunfo este último con algunos periodos de bonanza durante el siglo pasado. En el norte, al tiempo de la fiebre del oro en la Alta California, se emprendieron también, aunque por pocos años, trabajos de explotación minera en lugares como el real del Castillo. Finalmente, especial mención merece el caso de una actividad más duradera y mejor organizada en las minas de cobre de El Boleo, en Santa Rosalía.

Hay que reconocer, sin embargo, que ni éstas ni otras empresas mineras que podrían también citarse, constituyen un índice, ni remotamente aproximado, de lo que pueden ser las verdaderas posibilidades de la minería en Baja California. También en este punto debe insistirse en la necesidad de nuevas formas de investigación sistemática, aprovechando cuantos medios proporciona la más moderna tecnología. Y añadiremos que, por lo que toca



a la verosímil existencia de hidrocarburos en el subsuelo peninsular, no obstante los estudios hasta ahora realizados, más de una sorpresa positiva puede llegar a ofrecer la tierra bajacaliforniana.

Otro renglón de suma importancia, subrayado ya desde los días de las misiones, lo ofrecen las salinas que hay en la península. Al referirse a su existencia en la isla del Carmen, notaba ya Clavijero que eran tan ricas que con ellas podría abastecerse de sal a Europa. En la actualidad ha alcanzado considerable significación económica la explotación de Guerrero Negro, en las costas del Pacífico. Entre otras cosas, ello ha dado lugar a la creación de un nuevo centro de población. Debe señalarse, sin embargo, que el aprovechamiento de estas salinas, extremadamente ricas y de permanente regeneración, se lleva a cabo por una compañía extranjera.

Y tratando ya de los recursos del mar, universalmente conocido es que constituyen una de las potencialidades más grandes de la Baja California. En tiempos antiguos la atención se concentró en los hoy extinguidos placeres de perlas. Ahora, desde un punto de vista de mayores alcances, se reconoce que los extensos litorales, en el Pacífico y en el mar de Cortés, constituyen verdaderos paraísos para la pesca en todas sus formas posibles. Y una vez más diremos que ya cerca de esto habían hablado también hombres como Clavijero. Este, al escribir su *Historia*, insistió repetidamente en la necesidad de fomentar tal tipo de industria. El día en que, sobre la base de una auténtica planificación, se establezcan empresas pesqueras en los lugares más adecuados a lo largo de los tres mil kilómetros de costas bajacalifornianas, las que llamó Clavijero "minas marítimas", serán una de las bases más firmes para el desarrollo económico de la península.

Acerca de un último punto hemos de hacer también referencia. Se refiere éste a las posibilidades que ofrecen el turismo en el Estado y el Territorio. Entre los principales atractivos están sus tantas veces mencionados litorales, sus grandes extensiones abiertas, hasta ahora casi no tocadas por el hombre y con multitud de sorpresas en la flora y la fauna. La pesca deportiva, la cacería, la visita a sus antiguos centros de población, a las misiones y eventualmente a los lugares donde se conservan las antiguas pinturas rupestres, son otros tantos incentivos. En la actualidad, a pesar de que la carretera peninsular no ha sido todavía terminada, son ya muchos los visitantes que penetran aun por sitios aislados, en sus propios vehículos, procedentes, sobre todo, de la Alta California. Y lo mismo puede decirse del gran número de turistas, también norteamericanos, que llegan en sus aviones o en sus yates a los hoteles de lujo que existen en lugares de gran belleza natural, como los de la región de Cabo San Lucas, La Paz, Loreto, Mulegé y otros puntos de lo que hoy es el Estado de Baja California. En no pocas revistas y publicaciones norteamericanas de índole turística es frecuente encontrar alusiones a los atractivos de Baja



California. De ella se ha dicho, por ejemplo, que es la "última frontera", territorio en el que hay regiones apenas exploradas donde es dado contemplar la naturaleza en su forma original. Si recordamos tan sólo el hecho de que la población actual de la vecina Alta California sobrepasa ya a los veinte millones, en gran parte con elevada capacidad económica, podremos ya entrever cuál es el futuro que en materia de turismo necesariamente aguarda a la Baja California. Precisamente por esto es urgente que la población peninsular esté preparada para enfrentarse a lo que puede llegar a ser para ella una bendición o una desgracia. Y huelga decir que hace falta promover mucho más la presencia del turismo nacional. Sobre todo las líneas aéreas y los modernos transbordadores son los medios para lograr que el mayor número posible de mexicanos disfrute también de cuanto ofrece Baja California y contribuya, por su parte, a su desarrollo económico y cultural.

Tales son, muy someramente enumeradas, la realidad y las potencialidades de la California mexicana. Su historia, tan llena de sorpresas y aun de paradojas, constituye la más honda raíz de sus emprendedores habitantes. Y en esa misma historia, que habla de gentes que supieron adaptarse a un medio hostil y crearon cultura y entrevieron el futuro de su tierra, cabe descubrir el germen de cuanto la acción pública y privada allí han comenzado a realizar. California, cuyo nombre se derivó de la fantasía de los libros de caballerías, nuevamente es hoy país de atracción, vasta porción de tierra abierta a los mares y a mejores formas de vida para muchos cientos de miles de mexicanos.

Notas:

1 El título de esta bibliografía es el siguiente:

Ellen C. Barrett, *Baja California, 1535-1964. A bibliography of historical geographical and scientific literature relating to the peninsula of Baja California and to the adjacent islands in the Gulf of California and the Pacific Ocean*, Vol. I, Los Angeles, Bennet and Marshall, 1957; Vol. II, Los Angeles, Westernlore Press, 1967.

Debe notarse que, varios años antes, se había publicado en México un trabajo mucho más breve sobre esta misma materia:

Joaquín Díaz Mercado, *Bibliografía sumaria de la Baja California*, México, Bibliografías Mexicanas, DAAP, 1937.

2 Sobre las pinturas rupestres en Baja California, véase:

Barbro Dahlgren y Javier Romero, "La prehistoria bajacaliforniana, redescubrimiento de pinturas rupestres", *Cuadernos Americanos*, año X, núm. 4, México, julio y agosto de 1951, 153-178.

Clement W. Meighan, *Indian Art and History, the Testimony of Prehispanic Rock Painting in Baja California*, Los Angeles Dawson's Book Shop, Los Angeles, 1969.

3 Véase la documentación publicada acerca de varias de estas expediciones en:

W. Michael Mathes, *California, documentos para la historia de la demarcación comercial de California, 1583-1632*, 2 v., Madrid, Colección Chimalistac, 1965.

Respecto de las exploraciones llevadas a cabo por Francisco de Ortega, entre los años de 1632 y 1636, véase:

Miguel León-Portilla, "El ingenioso capitán Francisco de Ortega, sus viajes y noticias californianas", *Estudios de Historia Novohispana*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1969, v. III, 83-128.

4 Véase principalmente el libro I de Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la antigua o Baja California*, estudios preliminares por Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970, 13-44.

